

INTRODUCCIÓN

Un ejemplo típico: la vida de Marc

Marc es el único hijo de Silvia y Juan. Siempre era un niño muy listo, muy espabilado, y los padres estaban encantados con él. Como tenían que trabajar mucho y por eso no querían tener más hijos, lo mimaban mucho, y como ellos habían sido educados de forma bastante autoritaria, Silvia y Juan pensaban que tenían que dejarle el máximo de libertad para ahorrarle las frustraciones que ellos habían sufrido.

Resulta que Marc era un poco movido, difícil y rebelde. Cuando se le negaba algo, reaccionaba con rabietas difíciles de controlar, porque además se solían producir en situaciones donde los padres estaban expuestos a una posible crítica pública. Las amenazas no servían para cambiar la actitud del niño, al contrario, el crío se comportaba de forma cada vez más tiránica. Juan no tenía inconveniente en darle algún cachete, pero Silvia se oponía rotundamente a utilizar castigos físicos, con el resultado que Marc, por miedo a la furia del padre, se mostraba más obediente en su presencia, pero más insoportable cuando estaba con su madre. Al final, los padres, después de muchas discusiones entre ellos, optaban por ser indulgentes con Marc y por satisfacer sus caprichos, y así las cosas funcionaban bastante bien en casa. De todas maneras, todavía era un niño pequeño, y los padres confiaban que estos pequeños defectos se iban a perder por sí solos con la edad.

Cuando Marc, a los tres años, empezaba a ir al colegio, se veía en seguida que era un niño inteligente, pero indisciplinado e impulsivo. No estaba nunca de acuerdo con lo que se hacía en clase, todo era aburrido, pero nunca proponía alternativas. Además, siempre tenía que ser el primero. Cuando por ejemplo había que formar una fila para ir a algún sitio, Marc tenía que ser el primero, y para conseguirlo no dudaba en apartar y empujar a los otros. Se saltaba las normas y empezaba a enzarzarse en peleas con otros niños.

Al entrar en la escuela primaria, los problemas aumentaban. Los padres de otros niños se quejaban de que sus hijos habían sido amenazados por Marc. Mientras en la etapa de la educación infantil se había llevado bien con las maestras, en primaria empezó a desafiarlas desoyendo sus órdenes y negándose a colaborar en clase. Varias veces, la tutora tenía que citar a los padres a una entrevista para confrontarlos con este problema, pero ellos, asombrados y ofendidos, no veían ningún problema conductual en casa. Sospechaban que eran las maestras que por falta de profesionalidad no sabían manejar a los niños y estudiaban la posibilidad de cambiarle de centro.

Al entrar en la adolescencia y ya en la secundaria, Marc había empezado a presentar problemas que preocupaban hasta a sus padres. Su rendimiento académico caía en picado, porque estaba más ocupado en desafiar a los profesores y en intimidar a los compañeros de cursos inferiores que en trabajar. Por la tarde se dedicaba a vagar con sus "colegas" por la calle o por el centro comercial.

A los 15 años ya fumaba porros de forma habitual y en una ocasión, le atraparon pasando marihuana. Los padres, ahora gravemente preocupados, intentaban disciplinarle mediante amenazas y castigos. Pero ya no hacían efecto, y los padres temían lo peor: fracaso escolar, abuso de sustancias y delincuencia. En este momento deciden llevarlo a mi consulta.

¿Qué le había pasado a Marc? ¿Y quien tiene la culpa de que un niño inteligente y encantador se haya convertido en un adolescente conflictivo? El colegio responsabiliza a los padres, los padres desconfían del colegio, un pediatra o psiquiatra posiblemente habría culpado la biología y diagnosticado un trastorno de déficit de atención con hiperactividad o un trastorno negativista-desafiante. Pero no se trata de repartir culpabilidades, sino de hacer propuestas alternativas.

Es cierto que Silvia y Juan se dan cuenta demasiado tarde que habían dado a su hijo todo lo que pedía, y ahora cree que el mundo le pertenece. Para ahorrarle frustraciones, le habían satisfecho todos sus deseos, comodidades y caprichos, y ahora se percatan que así no ha podido aprender a emplear el sacrificio para obtener algo. Para

ayudarle y mostrarle su apoyo y afecto, se habían puesto de su parte en cualquier conflicto con otros niños y con sus profesores, pero de esta manera le han enseñado que él siempre tiene razón y que los otros sólo quieren fastidiarlo. No se habían preocupado por su educación en valores, y ahora no los conoce ni los respeta. Y por estar demasiado ocupados, han olvidado de enseñarle la convivencia.

Es cierto que el colegio tampoco ha sabido reconducir la actitud de Marc hacia algo positivo y así evitar este desarrollo negativo. ¿Pero como hay que hacerlo? ¿Cómo pueden padres y madres, maestros y maestras educar de forma no autoritaria, pero sin consentir y sin convertir al niño primero en un pequeño tirano y luego en un gran dictador? De alguna manera intuimos lo que no hay que hacer, pero no sabemos qué es lo correcto y como llevarlo a cabo.

Cuando doy el curso “Educación para la Convivencia” para padres y madres o para profesores de diferentes tipos de centros educativos, suelo empezar por preguntar a los participantes si conocen las tres reglas de oro de la educación: soborno, amenazas y chantaje. Los participantes se ríen, porque se reconocen: de alguna manera todos sabemos que ni el soborno con la promesa de algún premio, ni la amenaza con algún castigo, y menos el chantaje (la retirada de un premio o de otra cosa apreciada por el niño) son los métodos más adecuados para una educación de hoy en día. Pero todos y todas los hemos usado alguna vez. Sabemos que debemos educar de otra manera, buscando la comprensión y la colaboración del niño. Y muchos educadores lo intentan, pero aún así, en cada vez más niños, nuestra educación parece fallar. Y hablo tanto de niños pequeños, cuya conducta perturbadora se limita a pataletas y pequeñas provocaciones, como de adolescentes desafiantes, en los cuales parece que ninguna medida educativa tenga ya efecto.

En esta situación se encuentran muchos padres y profesionales de la educación: la mayoría ha entendido

que el estilo autoritario de antaño no era una buena forma de criar a los hijos, pero desconocen alternativas que funcionen. Parece que ahora los padres, desorientados y sobrecargados, optan muchas veces por una educación sobreprotectora y consentidora, lo que hace que los niños ya no aprendan límites y a consecuencia puedan presentar diversos problemas de conducta y de convivencia. La escuela tampoco se ve competente para ofrecer una alternativa correctora de este estilo educativo. Cada vez más, padres y madres, maestros y maestras sienten la necesidad de orientación respecto a lo que pueden hacer y como deben hacerlo. Para estas personas he escrito este libro. Ante las quejas de padres/madres y maestros/maestras sobre el aumento de problemas comportamentales en los niños, y en la disyuntiva entre una educación coercitiva y autoritaria y una educación sobreprotectora y consentidora, la presente propuesta opta por una educación para la cooperación y la convivencia.

Objetivo de este libro

El objetivo del método “Educación para la Convivencia” y, por tanto, de este libro, es mostrar que es posible encontrar una salida entre estos dos extremos: entre una educación autoritaria por un lado, que trabaja con amenazas, castigos y prohibiciones que producen niños humillados y subyugados, y por otro lado, una educación consentidora y permisiva que no pone límites y que produce niños malcriados y violentos. Las soluciones aquí propuestas consisten en técnicas que no se basan en unas pautas prefabricadas, sino principalmente en el cambio de actitud por parte del educador; además, se proponen determinadas estrategias que se pueden utilizar en situaciones conflictivas. Estas soluciones están pensadas para padres y madres igual que para maestros y maestras, es decir para la casa y para el aula. Se explicarán con detalle en los próximos capítulos.

BASES FILOSÓFICAS

En este primer capítulo presentamos los tres grandes ejes que guían este libro. Primero se explica qué es un enfoque psicoeducativo respecto a los problemas de conducta. Después hablaremos de los diferentes estilos educativos y explicaremos las diferencias entre estilo autoritario, permisivo y democrático. Finalmente, destacaremos por qué aquí no ofrecemos “pautas”, sino cambios de actitud y la aplicación de estrategias.

El enfoque psicoeducativo

A diferencia de lo que se considera un enfoque psicoterapéutico, donde el profesional trabaja con el niño problemático o con psicopatología, la psicoeducación no intenta “curar” o mejorar una sintomatología o cambiar la personalidad. Más bien se acerca a lo que se entiende como “orientación psicológica” o *counselling*. El papel del profesional psicoeducacional es similar al de un profesor que enseña habilidades y métodos pedagógicos, facilita el crecimiento personal y fomenta la auto-ayuda y las relaciones interpersonales. Y sobre todo, tiene una eminente función preventiva: no esperamos que se haya producido un proceso patológico, sino que empezamos en la base educativa, enseñando métodos pedagógicos eficaces para evitar que las dificultades del niño no se conviertan en patología. Entonces, en la intervención con los niños podemos trabajar en tres niveles de intervención:

Primer nivel: Educativo. Enseñar a padres y maestros a educar mejor con el fin de capacitarles para intervenir

de forma preventiva y correctiva con sus hijos y alumnos (intervención psicológica indirecta).

Segundo nivel: Psicoterapéutico. Intervenir directamente con niños problemáticos o niños que presentan trastornos de conducta o psicopatológicos. En la psicoterapia infantil siempre hay un profesional, habitualmente un psicólogo, que interviene directamente con el niño o adolescente que presenta el problema, a menudo en estrecho contacto con los padres. También puede ser objeto de intervención la familia entera. La psicoterapia no se suele hacer de forma preventiva, si no se busca cuando el niño ya presenta un trastorno manifiesto.

Tercer nivel: Comunitario. Fomentar una colaboración interdisciplinaria (médicos, psicólogos, educadores sociales, maestros, padres) para mejorar la calidad de la enseñanza, de la educación y de la intervención psicológica en general con el objetivo de dar la máxima atención a los niños afectados o en situación de riesgo.

En este libro trabajamos sobre el primer nivel, ya que es aquí donde cada educador (padre/madre, maestro/maestra) puede intervenir y mejorar las dificultades del niño y los problemas de convivencia en casa o en el aula que derivan de su conducta perturbadora. La idea de este libro es que los educadores aprendan las técnicas que se describen aquí y que puedan aplicarlas en cada caso.

El estilo educativo: autoritario, permisivo y democrático

La filosofía de nuestra propuesta educativa se basa en dos principios fundamentales: primero, en la idea de que cada persona aspira a un ideal de auto-actualización, es decir, a desarrollar al máximo sus potencialidades. Aspiramos a superar los obstáculos, a conseguir nuestros objetivos, a sentirnos completos, fuertes, válidos y útiles. El segundo principio afirma que el ser humano sólo se puede entender en su contexto social. La clave está en lo que llamamos “sentimiento de comunidad”. Veamos:

Todas las personas tenemos la necesidad de pertenecer a una familia, a un grupo, una comunidad, y a la humanidad en general; el niño pequeño primero tiene que experimentar esta sensación de pertenencia en el seno de la familia, y después, a medida que va creciendo, tiene que aprender a contribuir al funcionamiento de ésta mediante su esfuerzo personal, es decir: tiene que aprender la cooperación. Es este esfuerzo y esta cooperación la que contribuye a su auto-actualización como persona, el primer principio que hemos mencionado. Si este proceso adaptativo se ve obstaculizado, si esta necesidad de pertenecer y de integración no se satisface, el niño sufre y desarrolla un sentimiento de insuficiencia, un sentimiento de inferioridad respecto a los demás. Estos sentimientos de inferioridad están en la base de muchos problemas infantiles y de la edad adulta. Por eso es necesario concentrarse en la educación para poder ayudar a los niños a convertirse en personas plenas, ya que es la educación que tiene mayor influencia en la personalidad de nuestros hijos. Para saber qué tipo de educación les tenemos que dar, tenemos que conocer los diferentes estilos educativos.

En la educación tradicional, la que recibieron nuestros abuelos, padres y quizás también nosotros mismos, se solían utilizar métodos autoritarios, como la aplicación de castigos y premios con la finalidad de motivar a los niños. Pero a raíz de una progresiva democratización de la vida social y política, sentimos que la educación no puede quedar aparte y continuar basándose en el autoritarismo de unos pocos (en este caso, padres y maestros) para imponer sus criterios de conducta, sino que tiene que intentar, en un ambiente democrático, fomentar la coparticipación, el diálogo, la autodeterminación y la responsabilidad compartida de todos los miembros del grupo (familia, escuela, etc.). Aunque no todos los miembros de un determinado grupo tienen los mismos conocimientos, las mismas responsabilidades y los mismos derechos, como seres humanos tienen, empero, el mismo valor y la misma

dignidad. Por tanto, hay que insistir en la necesidad de dialogar, de hablar de igual a igual, con respeto mutuo.

Obviamente, un ambiente “democrático” no significa desorden y permisividad y que los hijos o alumnos puedan hacer lo que deseen —esto sería un estilo educativo consentidor o permisivo—, sino que pretende crear un ambiente rico en estímulos, de manera que los niños disfruten aprendiendo, pero a la vez que adquieran responsabilidad para su propio proceso de aprendizaje.

Constatamos que, al menos en la teoría, estas ideas democráticas ya han encontrado su camino a las familias, a las aulas y a las políticas educativas. La mayoría de los educadores ya conocen estos conceptos democráticos. Por ejemplo, los padres de hoy en día evitan castigos severos y absurdos, especialmente los castigos físicos. Los profesionales de la educación procuran impartir sus clases de forma interesante y participativa. De la misma manera, los agentes de la política educativa de la mayoría de los países democráticos se basan en los valores democráticos de libertad, autonomía, participación, cooperación, solidaridad, tolerancia, diálogo, iniciativa, espíritu crítico, valores humanos, etc., y el objetivo de esta política es el de preparar a los alumnos para la vida con una madurez responsable.

Aún así, las cosas no acaban de funcionar del todo, porque se presupone que los padres y maestros ya sabrán como implementar estos valores, y este no siempre es el caso. Por lo tanto, sigue habiendo una discrepancia entre teoría educativa (que suele ser perfectamente “democrática”) y la práctica diaria en las aulas y en las familias. La realidad es que la educación de los niños tanto en el ámbito familiar como en la escuela nos resulta cada vez más complicada, y aumentan las quejas de los educadores sobre “niños difíciles” con problemas de conducta que dificultan la convivencia familiar y en el aula. Una educación democrática puede resultar relativamente fácil de practicar por unos padres o maestros de buena fe que

se relacionan con niños normales, es decir con niños que al margen de pequeñas travesuras o fases difíciles habituales de una determinada etapa evolutiva, no presentan conductas especialmente perturbadoras.

Desgraciadamente, y a pesar de una mayor conciencia democrática en el mundo educativo y en las familias, las conductas problemáticas y hasta la violencia infantil y juvenil, lejos de disminuir como se iba a suponer, van en aumento. ¿Será que la educación democrática moderna no funciona? ¿No se habrá implementado completamente o de forma errónea? ¿O puede ser que la educación autoritaria de antaño haya quedado sustituida no por una educación realmente democrática, sino por una actitud de *laissez-faire* y extremadamente permisiva por parte de maestros y padres desorientados y sobrecargados?

Podemos especular sobre este fenómeno. Mientras que en épocas autoritarias prevalecía el estilo educativo autoritario con el padre como máxima autoridad que impone sus valores y sus normas con dureza y rigor, sin dejarse cuestionar, hoy en día vivimos en una sociedad quizás demasiado permisiva.

De hecho, muchos educadores que trabajan con niños difíciles se quejan de la educación demasiado laxa que reina en las familias. Los padres, desorientados respecto a los valores de la sociedad, no saben cómo educar mejor a sus hijos y optan, por inseguridad o por comodidad, por un modelo consentidor y sobreprotector a la hora de tratar con sus hijos. Esta actitud parece ir más conforme con una sociedad que bajo el manto de la libertad individual esconde una permisividad y relajación extrema. El estilo educativo parece haber oscilado de un extremo a otro, desde un autoritarismo absoluto con normas inapelables hasta una permisividad poco crítica y sin valores algunos. A la vista del aumento de la violencia y delincuencia juvenil, no faltan las voces que reclaman una vuelta hacia un estilo más autoritario. Pero todos los que nos movemos

en el mundo de la educación intuimos que esto no sería la solución.

No pautas, sino actitudes y estrategias

A menudo los padres y maestros me piden “pautas”, consejos sobre como reaccionar a las conductas perturbadoras de los niños, del tipo: “si el niño hace tal cosa, ¿qué cosa tengo que hacer yo?” Pero lo primero que les digo es que no puedo ofrecer pautas, tal como las entendemos habitualmente. Existen muchos libros sobre educación, programas televisivos y *supernannys* que ofrecen pautas, y no niego que puedan funcionar. Pero este método y este libro no se basa en simples pautas, sino en actitudes y estrategias que el educador tiene que adoptar. ¿Qué diferencia hay entre unas y otras?

Una pauta es una reacción que el adulto tiene que mostrar ante una conducta determinada del niño. Por ejemplo, “si tu hijo pega a otro niño, le tienes que regañar”. Y esto se tiene que hacer de forma consistente, es decir, a la misma conducta, la misma pauta. Pero con las actitudes y estrategias es diferente. Una actitud es una posición que el adulto tiene que adoptar *siempre* hacia el niño, no sólo cuando se porta mal. Por ejemplo, cuando recomiendo la actitud de “darle ánimos”, se los tenemos que dar siempre, no sólo en situaciones conflictivas.

Las actitudes son la base sobre la cual se aplican las estrategias. Una actitud tiene tres componentes: un componente cognitivo, un componente afectivo (emociones) y un componente conductual. El componente cognitivo se refiere a la representación mental que tengo del objeto, la información, las percepciones y las creencias y pensamientos que tengo sobre este objeto. El componente afectivo se refiere al sentimiento positivo o negativo que tengo hacia este objeto, y el conductual a la tendencia a reaccionar de una determinada manera en relación al objeto.

Una actitud racista, por ejemplo, está caracterizada por la creencia de que las personas de otra cultura o

raza son inferiores a la mía, por sentimientos de rechazo y desprecio y por la disposición de actuar en contra de estas personas, por ejemplo participando en manifestaciones contra la inmigración. En cambio, una actitud impregnada por un espíritu democrático contiene, entre otras cosas, la creencia en la igualdad de todas las personas, un sentimiento de respeto y la disposición de colaborar. Esta actitud, profesada hacia el niño que se porta mal, me lleva a pensar que este niño no es malo, sino que está equivocado; me permite tener sentimientos de respeto y cariño hacia él y me despierta el deseo de ayudarlo (en vez de castigarle). Con esta actitud estoy en disposición de utilizar las estrategias adecuadas para este objetivo.

Mientras las actitudes se han de profesar siempre, una estrategia se aplica en una situación conflictiva concreta. Una estrategia se puede definir como el conjunto de acciones que se toman para conseguir un objetivo perseguido al inicio de una situación determinada. Implica un elemento de planificación y el despliegue inteligente de estas acciones. Por ejemplo, si quiero ayudar a un niño con dificultades de aprendizaje a pasar de curso, tendré que analizar sus necesidades, determinar los objetivos concretos y planificar los recursos disponibles para facilitarle las herramientas para compensar su déficit de aprendizaje (e.g. clases de refuerzo, técnicas de estudio, etc.). En el caso de las conductas perturbadoras también tendré que hacer un análisis de la situación y del objetivo que persigue el niño con su conducta. A partir de aquí, diseño la acción que tendrá que llevar a una mejora de esta situación.

Resumen del capítulo I

En este capítulo hemos sentado las bases filosóficas de nuestro enfoque. No tratamos al niño con problemas de conducta ni como un niño “malo” que necesita castigos, ni como “paciente” que necesita una intervención psicológica por parte de un profesional. Lo tratamos como un

niño que se tiene que educar mejor, de manera diferente. La intervención con el niño difícil se hace, pues, de forma indirecta, a través de los padres y/o maestros, es decir, en el entorno habitual del niño. La intervención consiste en cambiar el estilo educativo de los adultos hacia el niño problemático. Sabemos que los padres de hoy están desorientados y no saben cómo poner límites. Para no pecar de autoritarios en un mundo democrático, parece que se han ido hacia el otro extremo, una educación demasiado consentidora. Pero tanto la educación autoritaria como la consentidora tienen efectos muy negativos sobre la autoestima del niño, y con esto, sobre su conducta. La solución a este dilema la proponemos a través de las actitudes y estrategias que el adulto puede utilizar para mejorar el sentimiento de comunidad del niño, y con esto, reducir las conductas perturbadoras.